

## Donde nace la esperanza

Los rayos del sol que entraban por los pequeños agujeros que se veían entre las rocas superpuestas eran los causantes del abrir los ojos de Maywa, una niña de tez morena y ojos achinados que habitaba en ese cálido lugar desde que tenía conciencia. Se pone de pie con algo de dificultad y aún con sus ojos cerrados, da pasos torpes hacia la angosta puerta para saludar a un nuevo día. Su larga camisa hecha con lana de llama que había elaborado su madre especialmente para ella rozaba el piso de tierra, sus ojotas de cuero apretaban su pequeño pie, por lo que decidió sacárselas. Caminó hacia donde se encontraba su familia, cultivando lo que parecían ser frijoles, pero solo se limitó a pasar por al lado y avisarle a su madre que iría a “su lugar”. Estaba lejos, pero Maywa disfrutaba cada paso que daba, le gustaba mucho la naturaleza. Al acercarse poco a poco a su destino, ralentizó su paso e inmediatamente se dibujó una amplia sonrisa en su rostro, ese árbol la hacía feliz. Un árbol con un extenso tronco en el que desencadenaban largas ramas finas, aunque la parte favorita de Maywa eran sus flores, similares a las campanillas, con un color blanco opaco que hacía del árbol algo especial.

Se sentó justo en frente y con un palo dibujó sobre la tierra vagas figuras sin sentido tratando de distraer su mente, aunque era imposible enfocar su atención en el suelo. Soltó el palo y recorrió con su vista el lugar, hasta que su mirada se desvió hacia una cueva lejos de donde se encontraba. Se preguntó por qué no la había visto antes, tal vez no le había prestado demasiada atención, o tal vez algo la llamaba desde allí dentro. Su curiosidad se intensificaba a medida que los minutos transcurrían, por lo que se incorporó, limpió su camisa y caminó rápidamente hacia aquella misteriosa cueva. Su paso se lentificó a medida que los metros se acortaban, llegando a la entrada de la misma. Maywa entró a ella con algo de temor, pero con un poco de tranquilidad ya que al ser de día la luz abundaba lo suficiente como para hacer notar tres jarros de cerámica con colores amarronados y diseños que no se lograban discernir. Maywa quería verlos de cerca y no dudó ni un segundo en acercarse a ellos, pero algo la interrumpió. Los gritos desesperados de una multitud inundaron sus oídos de preocupación y comenzó a correr hacia donde se hallaba su familia.

Un grupo de hombres los atacaba ferozmente y a otras personas que habitaban cerca de ellos. Su vista estaba nublada por gritos, llantos, golpes, destrucción y súplicas. Sin dudar, Maywa corrió por el camino por donde había venido, con los ojos nublados por lágrimas y la tristeza que invadía su cuerpo. Desesperada y débil se encaminó hacia la cueva que había descubierto minutos atrás, consumida por la oscuridad de la misma. Ella no sabía lo que estaba sucediendo, tampoco sabía si iba a volver a ver a su familia, y esos pensamientos no la dejaban tranquila, aunque estaba consciente de que tampoco podría enfrentar a esos fuertes desconocidos. Quería distraerse, o al menos intentarlo, así que tomó uno de los jarros y observó que contenían algo. Eran frijoles, eso le recordaba a su madre. Maywa no pudo evitar derramar unas cuantas lágrimas pensando en ella, ¿qué haría sin su familia? ¿cómo conseguiría alimentos? ¿cómo sobreviviría? ella era solo una niña frágil.

En un abrir y cerrar de ojos ya era un nuevo día. Maywa despertó, pero no en su hogar como habitualmente lo hacía, sino en una cueva, sola, en la oscuridad y con frío. Aún se oían gritos, pero demasiado lejos como para preocuparse, aunque inevitablemente lo hacía. No quería volver a su aldea, tenía miedo y angustia de encontrarse con un panorama que no deseaba ver. Decidió ir a buscar agua, tomó dos jarras y lentamente salió de la escalofriante cueva. Lo primero que visualizó fue su árbol y no pudo evitar que sus ojos se iluminaran al ver la belleza del mismo, aunque solo era un árbol, para Maywa era su refugio. Pero volvió a la realidad y se apresuró a buscar algo para beber, si quería sobrevivir tendría que hacerlo por sí sola, aunque eso no le preocupaba demasiado. Maywa era una niña independiente y algo solitaria, había aprendido a hacer muchas cosas sola, como cultivar o criar el ganado. A pocos metros del lugar halló un pequeño lago que le serviría de ayuda para hidratarse, llenó los dos jarros y caminó rápidamente hacia la cueva en la que viviría a partir de ese entonces.

Al pasar las horas el cielo se tiñó de un azul oscuro y Maywa supo que era hora de descansar, con el estómago algo lleno y temblando se recostó en el suelo con la vista hacia el árbol. Pareciera como si brillara por sí solo en el medio de la oscuridad, y a ella le gustaba eso. Le gustaría brillar a pesar de la tristeza, el dolor y el sufrimiento que estaba transitando. Ella quería ser como él. Finalmente, el sueño y el cansancio se apoderaron de Maywa y cerró los ojos, sabiendo que en la mañana le esperaba un nuevo día.

Así transcurrió el tiempo, con días repetidos y una rutina que parecía no tener fin. Maywa estaba agotada, ya no tenía recursos para sobrevivir ni tampoco esperanzas para mantenerse fuerte. En los últimos días no salía de la cueva por temor, por cansancio, por incertidumbre, por debilidad. Su cuerpo había perdido estabilidad, el dolor ya no era solo emocional, nada la mantenía de pie. Una mañana decidió hacer un último esfuerzo. Se paró con demasiada dificultad, salió hacia el exterior y caminó hacia su árbol. Él seguía de pie, pero ella ya no. Estaba frente a frente, y con un último suspiro y ojos cerrados, abrazó con sus delgados brazos el tronco de su árbol favorito. Segundos después su cuerpo se desvaneció en el lugar, Maywa no pudo sobrevivir, el sufrimiento se apoderó de su cuerpo hasta el último segundo.

Luego de unos minutos repentinamente las flores del árbol comenzaron a colorearse de un tono violáceo, que en pocos segundos cubrió a todas ellas. Eran brillantes y, tal como el nombre de Maywa lo indicaba, eran de un color morado.

Así nació el actual Jacarandá, conocido también como tarco, nombre que le dieron los indígenas que habitaban en el noroeste argentino. Un árbol increíblemente bello. El árbol favorito de Maywa.

Sexto Ciencias Sociales, Colegio Juan Humberto Morán

Eduardo Castex, La Pampa